discursofuneral.es

Buenas tardes a todos.

Gracias por estar aquí, por traer vuestro abrazo, por compartir historias y silencios, por ayudarme a mirar a mi madre con los ojos llenos de vida. Hoy nos hemos reunido para celebrar la existencia luminosa de Lucía Martínez Ortega, nuestra Luchi. Yo soy Irene, la hija mediana, su cómplice en la cocina y compañera de viajes cortos. Y aunque me tiemble la voz, me sostiene la certeza de que aquí, juntos, podemos recordar lo mejor de ella y devolverle un poco de la alegría que nos regaló siempre.

Nació un 21 de enero de 1965, en Valencia, con el mar muy cerca y ese sol que parecía haberle dado cita para siempre. Estudió Administración, porque así se organizaba el mundo, y abrió una pequeña pastelería familiar, porque así se organizaba el corazón. Se casó con Manuel, mi padre, y llegaron Sofía, yo e Irene, y Paula —tres hijas que crecimos con olor a vainilla en casa y la convicción de que la bondad, la gratitud y el trabajo en equipo no eran grandes palabras: eran hábitos, eran manos en la masa, eran un plato más en la mesa por si alguien llegaba.

Luchi fue pastelera y emprendedora, sí, pero ante todo fue creadora de vínculos. Tenía una energía que unía a las personas con una naturalidad desarmante. Donde otros veían una receta, ella veía una excusa para encontrarnos; donde otros veían un negocio, ella veía un vecindario; donde otros veían un día más, ella encontraba un motivo para celebrar lo cotidiano. Y vaya si celebraba: una venta pequeña, una foto bien revelada, un amanecer sobre el Mediterráneo, una ruta en bicicleta por la Albufera, una brazada en el agua fría que la despejaba para todo el día.

Su pastelería no fue solo un lugar de dulces, fue un pequeño faro. Allí impulsó proyectos locales, formó equipo, escuchó historias, y montó talleres de

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

repostería solidaria que enseñaban a compartir lo mejor de nosotros. Mi madre defendía que un buen bizcocho podía ser el principio de algo grande: de un encuentro, de una conversación, de una reconciliación. A veces decía, mientras colgaba otra nota en la nevera, “que no se nos olvide agradecer lo sencillo”, y de pronto la vida parecía menos complicada.

Me gustaría contaros mi mejor recuerdo. La madrugada antes de mi boda, con la casa en silencio, nos quedamos las dos, horneando juntas el pastel. Luchi tarareaba boleros con esa voz chiquita y segura, y a cada pausa me guiñaba un ojo como si me pasara un truco de alquimista: “no te olvides de probar la masa; si sabe a hogar, va bien.” Entre canciones y cuchillos de paleta, me habló del amor sin dar lecciones, me enseñó a respirar hondo cuando el horno tarda y las prisas aprietan. Cuando por fin terminamos, me abrazó con los dedos todavía azucarados y me dijo: “mañana no te preocupes de nada, tú celebra”. Ese “tú celebra” me acompaña desde entonces, y hoy también.

Si cierro los ojos, la veo de madrugada con el bañador oscuro, entrando al mar Mediterráneo antes de que llegaran los turistas, saludando a la orilla como quien entra en una casa amiga. La veo agachada, con un álbum enorme en el regazo, etiquetando fotos, salvando momentos del olvido, inventándose encuadres que hacían sitio a todos. La veo en la bicicleta junto a la Albufera, con el pelo suelto, riéndose de su propia prisa. Y la huelo: vainilla al entrar en casa. Vainilla y algo de flor de azahar, como promesa de merienda y refugio.

Luchi tenía aliados fieles: mi padre, Manuel, su compañero incansable; mi abuela Teresa, que hoy la mira con ese orgullo que sólo las madres entienden; su amiga del alma, Pilar, con quien compartió confidencias, rutas y recetas; y nosotras, sus hijas, Sofía, Paula y yo, que aprendimos que el hogar se construye con manos, con tiempo, con humor y con paciencia. Nuestros cumpleaños siempre tuvieron velas bien contadas y canciones mal cantadas, y si un plan fallaba, ella sacaba otra bandeja del horno. Su perseverancia no era testarudez, era fe en que con otro intento y una sonrisa, la vida suele salir.

Era creativa hasta la risa. Convertía una compra pequeña en un banquete de

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

domingo, una tarde nublada en álbum nuevo, un error en “una oportunidad para inventar”. Si algo se cortaba —una crema, un plan, un ánimo—, ella encontraba la forma de volver a unirlo. Y cuando algo merecía aplauso, lo aplaudía. Nadie celebraba un pequeño logro como Luchi: una primera brazada sin miedo, una foto bien enfocada, una bicicleta reparada, una receta que por fin salía. A su manera, nos enseñó a mirar con gratitud, a reconocer la contribución de cada uno, a trabajar en equipo. Cuando organizaba los talleres solidarios, repetía: “si ponemos lo mejor de cada uno, saldrá algo que sepa a todos”.

También tenía su manera de cuidarnos en lo cotidiano: esas notas en la nevera, diminutas brújulas de papel. “No te olvides de respirar.” “Hoy pan con tomate, que la vida es buena.” “Paula, coge una chaqueta.” “Manuel: tú y yo, paseo al atardecer.” Eran como un hilo invisible que nos ataba a la ternura.

Sé que lo que más vamos a extrañar es su olor a vainilla, sus mensajes pegados con imanes, su capacidad de hacer fiesta de cada cosa. Pero no se fue su manera de estar: se quedó en nuestras manos, en nuestro modo de contarnos la vida, en el impulso de abrir la puerta a quien llega. Se quedó en cada foto que guardó, en cada receta escrita con letra inclinada, en el hábito de madrugar para ver un trocito de mar, aunque sólo sea en la mente.

A ti, mamá, te doy las gracias por convertir nuestra casa en un hogar. Por enseñarnos a compartir lo mejor de nosotros, incluso cuando escaseaba la harina o el tiempo. Gracias por la paciencia con la que nos enseñaste a batir, a equivocarnos, a volver a empezar. Por esos viajes cortos que hacíamos juntas, improvisados, con un mapa arrugado y un bocadillo envuelto en papel. Por tu alegría, que no era ruido, era claridad. Por tu perseverancia, que no era dureza, era esperanza. Por tu creatividad, que no era lujo, era generosidad.

Hoy, en esta ceremonia conmemorativa, quiero pedirnos algo sencillo y celebratorio, como le gustaría a Luchi. Que cuando entremos en casa y no esté su olor a vainilla, encendamos una memoria, una canción, una vela, y dejemos que lo cotidiano vuelva a ser fiesta. Que si pasamos por la cocina y vemos una receta, la probemos sin miedo, con la certeza de que el error también alimenta.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofunerar.es

Que si cruzamos la Albufera, saludemos al agua por ella. Que si encontramos en el cajón una foto, la peguemos en un álbum nuevo y le escribamos al pie lo que sentimos. Que si alguien necesita una mesa, la alarguemos. Y que sigamos trabajando juntos, como ella nos enseñó, para que nuestra comunidad sea más dulce y más justa.

Papá, gracias por caminar a su lado, por sostener su sueño y alimentar el nuestro. Abuela Teresa, gracias por la raíz. Pilar, amiga del alma, gracias por ser casa para mi madre y ahora para nosotros. Sofía y Paula, hermanas, gracias por mantener vivo ese nosotros que ella cuidó. A todos los que la quisisteis, gracias por venir, por traer historias, por sostener este momento que duele y, a la vez, brilla.

He pensado mucho en cómo despedirme, y me sale hablarle en presente, porque la siento cerca. Luchi, mamá: tú celebra. Aquí seguimos, con harina en las manos y mar en los ojos, con tus álbumes abiertos y la bicicleta lista. Vamos a honrarte haciendo lo que mejor nos enseñaste: agradecer lo sencillo, trabajar en equipo y brindar, aunque sea con un vaso de leche, por cada pequeña victoria.

Y cuando la casa parezca demasiado silenciosa, prometo tararear un bolero y encender el horno. Prometo que tus notas seguirán apareciendo en la nevera, porque ahora las escribiremos entre todos. Prometo que en cada mesa que pongamos habrá un sitio para quien llegue, y que en cada foto nueva te buscaremos la luz.

Gracias, mamá, por la vida que nos diste y por la forma en que nos enseñaste a vivirla. Hoy no sólo te lloramos: te celebramos. Y en esa celebración, curiosamente, el dolor duele menos y el amor se agranda.

Que tu memoria sea dulce y firme como un buen bizcocho, ligero como una mañana en el Mediterráneo y cálida como una cocina con gente dentro. Aquí seguimos, juntos, como a ti te gustaba. Y contigo, en todo lo que hacemos.

Gracias a todos.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es